

Algunas cartas inéditas de Vicente Aleixandre

GABRIELE MORELLI
Universidad de Bérgamo

La publicación en 1932 por parte de Gerardo Diego de la conocida Antología de la poesía española contemporánea¹ constituyó sin duda un acontecimiento extraordinario en la vida literaria española. El poeta santanderino proponía, como escribirá más tarde Vittorio Bodini: «la obra antológica más perfecta, la mejor que un poeta haya hecho de sí y de sus coetáneos, presentando de una situación *in fieri*, no decantada aún por el tiempo o por la crítica, las mejores figuras, en un panorama impecable al que no puede achacarse ninguna exclusión o admisión injustificada, máxime considerando la juventud del antólogo y de los antólogos»².

Lo que Bodini no señalaba, o no llegaba a precisar, era la labor de implicación general llevada a cabo por el autor de la antología poética, a quien no faltó, durante la laboriosa fase del *work in progress*, la concreta e interesada colaboración de los diversos autores incluidos en la Antología y, en modo particular, la de Vicente Aleixandre, que respondía así con su habitual diligencia y generosidad a la solicitud de Gerardo Diego.

Del carácter de esta participación colectiva —que naturalmente no resta mérito alguno a la labor realizada por el poeta santanderino— nos informa el propio autor en el Prólogo a la edición del 32; en el que expone de forma pormenorizada el criterio selectivo adoptado, criterio condicionado por algunos elementos restrictivos, como lo limitado del período en examen (1915-1931), y el carácter necesariamente nacional de tal producción («poetas nacidos en España»). Escribe el autor:

Por eso este libro es un poco un libro colectivo, no sólo en el contenido, sino en el gusto y la responsabilidad. Salvo una excepción, la de Emilio Prados, que reiteradamente me manifestó y manifestó a sus amigos, a nuestros intercesores

¹ G. DIEGO, *Poesía Española, Antología 1915-1931*, Madrid, Editorial Signo, 1932.

² V. BODINI, *Saggio introduttivo, I poeti surrealisti spagnoli*, Torino, Einaudi, 1963, p. XV.

en el pleito, su firme voluntad de no participar con ningún género de colaboración activa en este libro, aparece con la conformidad explícita de todos, solicitada por mí, y con la ayuda, el concepto y en muchos casos el fervor participante de mis compañeros [...]. Y no sólo la antología de cada uno, sino la lista o repertorio de los poetas incluidos responde al criterio de una mayoría casi unánime³.

Con gran sinceridad y modestia confiesa aún Gerardo Diego:

Con toda nobleza diré que si este libro hubiera sido estrictamente personal la antología hubiera variado y los poetas incluidos serían casi los mismos, pero no exactamente los que ahora figuran en él. En primer término hubiera prescindido de mí mismo⁴.

En la preparación de la antología poética –que tiene sin duda el mérito de proponer autores entonces todavía poco conocidos y relacionados en gran parte con el grupo generacional del 27– participan, como puede verse, los propios poetas antologados, que no dudan en enviar sus textos inéditos y datos personales, facilitando así la labor del antólogo, quien hablará de todo ello en las palabras del Prólogo:

Y gracias a la generosidad de todos, a quienes debo público reconocimiento por el desinterés con que me han enviado los datos requeridos y con que han puesto a mi disposición su obra inédita, para que yo espigara en ella, o me han facilitado la labor enviándomela ya seleccionada por ellos mismos. En general, mi gusto lo he consultado, siempre que me ha sido posible, con los autores respectivos, y aparece así la selección, aunque hecha esencialmente por mí, con el beneplácito y la colaboración de todos⁵.

De igual modo, en el Prólogo a la segunda edición ampliada de la Antología⁶ Diego declara una vez más la deuda contraída –compartiendo la responsabilidad de la elección de los textos– con muchos de los autores presentes:

La colaboración a que aludo se ha extendido a la selección misma de las poesías, hasta llegar a un compromiso o acuerdo entre las preferencias del propio poeta y las mías, en los casos de Juan Ramón Jiménez, Moreno Villa, Domenchina, Salinas, Guillén, García Lorca, Alberti, Ernestina de Champourcín, Alexandre y Cernuda⁷.

Es interesante destacar cómo uno de los autores no interesados en estar presente y por lo tanto en colaborar –el malagueño Emilio Prados– entra a formar

³ Prólogo, G. DIEGO, *cit.*, p. 10. Sobre el carácter colectivo de la Antología, cf. también A. PABA, *Le antologie collettive della poesia spagnola del Novecento*. Tesis de Doctorado de Filología Española, Bologna, 1989, pp. 27-29.

⁴ *Ibidem*.

⁵ *Ibidem*.

⁶ *Poesía Española (Contemporáneos)*, Madrid, Signo, 1934.

⁷ *Ibidem*, p. 22.

parte de la Antología, gracias a las noticias (inseguras según el informador) proporcionadas por Aleixandre y citadas en su casi totalidad en la nota bio-bibliográfica que precede a los textos del volumen. Probablemente en las palabras de agradecimiento a los distintos autores, Diego deseaba hacer hincapié en la particular colaboración de su amigo Aleixandre, como confirman las páginas de la correspondencia –todavía inédita– entre Aleixandre y Diego, y de modo particular una carta en la que el primero responde al amigo reflexionando acerca del especial carácter del acto creativo, que se origina y potencia, según el autor sevillano, en un estado de profunda reflexión y soledad, y por tanto en clara contradicción con la exigencia de exteriorización pública.

La carta en cuestión⁸ lleva fecha de 7 de junio de 1931 y es continuación de otra anterior escrita el 14 de marzo⁹, en la que el poeta envía los datos personales solicitados por Diego. En ésta, Aleixandre precisa fechas y orden de composición de algunos poemas aún inéditos pertenecientes a los libros juveniles *Ambito* y *Espadas como labios*, dando a entender que con este último título se refiere a los poemas en prosa de *Pasión de la Tierra* y no a la obra que hoy así se titula.

La hipótesis –ya avanzada en otro lugar¹⁰ –encuentra una precisa confirmación en la segunda carta, en la que Aleixandre (que ha enviado también a Diego el manuscrito de *Pasión de la Tierra*) repite, confortado por el análogo juicio de su amigo, que se trata de un libro de poesía y no de prosa, como por la forma podría parecer: «Ahora que has leído *Espadas como labios* –escribe el poeta a Diego– te explicarás cómo yo decía que ese libro era de poesía o no es nada».

Una posterior constatación resulta de una nueva carta –también inédita y fechada el 11 de marzo de 1932– en la que Aleixandre se refiere a ciertos cambios en los títulos de sus libros *Espadas como labios* (anteriormente llevaba el título de un *fox-trot* de la época, *Cantando en las Carolinas*) y *Pasión de la Tierra* (al inicio se llamaba *Espadas como labios*, posteriormente *La evasión hacia el fondo*, y, más tarde, *Hombre de tierra*). Escribe el poeta:

Mis dos libros inéditos [*Espadas como labios* y *Pasión de la Tierra*] son como dos fieras, dos libros encerrados que me muerden las manos. ¿Qué hacer? Por de pronto estoy escribiendo el tercero, como quien dice engendrando otro hijo, padre contumaz en traer criaturas a este mundo aunque conoce su destino de encierro. Te envío dos poemas para que los veas.

Mis antiguas *Carolinas* se llaman ya *Espadas como labios*. Y mi libro en prosa que llevaba este nombre lo cede a cambio del de *Hombre de tierra*.

⁸ El texto de la misiva como el de sucesiva que aquí se publican a continuación aparecieron en dos distintas revistas italianas (respectivamente: *Quaderni di Letterature Iberiche e Iberoamericane*, 11/12, 1990 y *Lingua e Letteratura*, 16, 1991). Aquí se reproducen enmendando sus numerosas erratas.

⁹ Cf. G. MORELLI, «De Vicente Aleixandre a Gerardo Diego», *Insula*, 534, junio.

¹⁰ Véase: V. ALEIXANDRE, *Pasión de la Tierra*, ed. de Gabriele Morelli, Madrid, 1987, pp. 23-24; donde también se hace referencia a la primera idea anticipada por A. Duque Amusco, y confirmada –como él mismo reiteró– por la persona del poeta.

Como puede verse, la participación de Aleixandre en la conocida antología de Gerardo Diego aparece plenamente confirmada y documentada por las cartas dirigidas a su amigo santanderino. El poeta no se limita a enviar a Diego «nota, retrato y poemas», como declara en la primera carta del 14 de marzo de 1931, sino que seguirá colaborando también en lo sucesivo con el envío de nuevos datos e informaciones de los autores reacios a estar presentes (caso de Emilio Prados); o a precisar su fecha de nacimiento¹¹ (como Luis Cernuda que se pregunta preocupado: «¿qué dirá Gerardo sobre la fecha de mi nacimiento?»); o que parecen simplemente desinteresados por el tema (cual Federico García Lorca: «el otro día vi a Federico, ajeno a tus datos», refiere siempre Aleixandre en su carta a Diego).

En todo momento, dejando al antólogo libre de elegir los textos que en general condivide («Ya veo los poemas escogidos. En general me parece bien»). Aleixandre participa con gran interés en la importante iniciativa antológica, animando al amigo a llevar a buen fin el trabajo emprendido, y elogiándolo por el coraje y el rigor mostrados hasta entonces. Lo define por lo tanto «incorruptible», llamándolo además «Robespierre» por la «multitud de ejecuciones de poetas» llevadas a cabo sin la menor vacilación. Aleixandre confiesa sobre todo a Diego su particular concepción de la poesía, que él considera una experiencia individual y secreta, pero abierta a la verificación ajena, aun cuando pueda sufrir valoraciones efímeras y aproximativas.

En efecto, el testimonio que se desprende de la correspondencia enviada por Aleixandre a Diego, no sólo precisa una fase todavía poco clara del *iter* de la obra del poeta sevillano, sino que constituye un material literario que ilumina la compleja historia de la génesis del libro: material por tanto *versus* el texto definitivo de la Antología de Diego. Como revela el contenido de esta carta inédita que reproducimos y transcribimos, gracias a la generosidad de Elena Diego, la hija del poeta santanderino, a la que una vez más agradezco su cortesía:

Madrid 7 junio-31

Querido Gerardo: tu carta me ha alegrado mucho. Por mucho que uno se empeñe en que uno escribe sólo por una necesidad íntima y que la poesía propia acaba en uno mismo, siempre le es bueno y alegra ver que esto no es verdad del todo y

¹¹ Dato curioso: en la primera carta mandada a Diego, la del 14-3-1931 en la que Aleixandre envía los datos esenciales de su biografía —el propio poeta parece reacio a comunicar su fecha de nacimiento, acudiendo a la ingenua y conmovedora mentira de quitarse, como también hará Lorca, dos años (ambos nacen en 1898 y no en 1900 como intentan hacer creer, al menos en un primer momento). Escribe Aleixandre a Diego: «Creo haberte dicho que nací en 1900, el 26 de abril», y subraya la fecha indicada para dar mayor crédito a sus palabras. Diego, frente a tan explícita declaración, no tiene ninguna reserva y registra fielmente el año indicado por Aleixandre (a propósito puede observarse que en la edición moderna de la Antología revisada por Diego —Madrid, 1979, 8 ed.) el error aparece corregido en la relación con la edición de 1932, constituyendo así un falseamiento histórico, considerando sobre todo las declaraciones del editor, siempre Gerardo Diego, que de buena fe asegura al lector que en tal reedición «se respeta el texto hasta en sus mínimos errores —pequeños olvidos bibliográficos, algunas inexactitudes—. En cambio, en la edición reciente (que acaba de salir estando estas páginas en prensa), A. Soria Olmedo corrige el error poniendo la fecha justa de 1900, así como había escrito Aleixandre en su lejana carta al antólogo.

que de alguna manera se cierra el circuito en otros ojos y en otro espíritu, tan necesarios y tan queridos. No parecer un loco o un tonto, no dar sólo latazos, es decir no darlos, no resultar dándolos con lo que uno ama –ama u odia– es necesario. No sólo de sí mismo se vive, y la voz en soledad o muda para otros oídos sensibles acaba sonando como rebotando contra uno mismo, ingrata, odiada porque no le traduce como debiera a uno traducirle. Es todo el problema de publicar los libros o no publicarlos. ¿Para qué publicarlos, si nadie va a enterarse como *debiera* enterarse, si otros accidentales motivos de éxito atraerán los ojos a lo más fácil, a lo[s] más chillón y agradable, y precisamente seducidos por lo accesorio? Se siente desdén porque se sabe que es inútil el esfuerzo. Quienes se alzan con la escasa pública curiosidad sabemos que lo alcanzan por motivos gratuitos, es decir que lo tienen por lo que no es más que lo «circundante», prendido, pliegue o adorno: accesorio, en suma. Lo caedizo dura poco y aquí desde lejos hemos de ver derrumbarse muchas cosas. Y no me remito a ninguna remota justicia: ni la espero ni la busco, ni tampoco estoy seguro de merecerla, ni de cual sea. Otras cosas hay más injustas que piden reparación, que no las mínimas sobrestimaciones literarias. Mañana, al mundo le importarán otras cosas, y después de todo, allá él.

Mientras tanto te iré dando noticias de Emilio Prados. Te advierto que sé muy poco. Nació en marzo de 1899, en Málaga, donde ha pasado la mayor parte de su vida. En la Residencia de Estudiantes de Madrid estudió durante bastantes años. Es tan residente como Federico. Aquí hizo el bachillerato y aquí cursó varias carreras, Filosofía y Letras, creo que Ciencias, y no sé si alguna más, y no acabó ninguna. En Suiza por razón de salud pasó una larga temporada (quizás más de un año) y luego residió algunos meses en Alemania. Viajó por Francia y luego se reintegró a Málaga, de donde no ha salido desde hace unos cinco o seis años más que para hacer algún breve viaje a Madrid. Vive lo que la gente llama bastante solo, porque sólo acaso le conoce la gente más inesperada. Ha influido mucho en los más jóvenes que él que le han rodeado y, como tú sabes, Manuel Altolaguirre se hizo a su lado y a él le debe la llamada a lo que ha llegado a ser. Más descontento que nadie, ha dejado de escribir por ahora, aunque sigue de cerca todo movimiento poético. Intranquilo entre todo, ha buscado para él nuevos medios de expresión, y una temporada ha hecho «collages» y ha intentado cosas de artes plásticas, pero sin exponer. Ultimamente su inquietud le llevó a una actividad política, por lo demás pasajera, actuando, antes de la caída de la Monarquía española, entre el elemento obrero extremista de Málaga. A todo se da con verdadera furia y de casi todo regresa. No se puede prever nunca donde nos lo encontraremos mañana.

Ahí tienes unos cuantos datos. Me ha salido más bien semblanza que otra cosa. Tú aprovecha lo aprovechable. Yo salvo mi responsabilidad de la exactitud. En cuanto a los juicios son puramente personales míos. Quizás convendría decir que los datos no los han [sic] proporcionado él y que, como recogidos en fuentes distintas, no pueden ser más que aproximados.

Las dudas que tienes sobre algún detalle de versos míos se resuelven así:

1) Sí es, en *Adolescencia*,
-de otro camino
a otro camino».
No hay error.

2) Sí se repite «cuándo cuándo» en *Acaba*.

3) No son necesarios los puntos finales de estrofa en el «Poema de amor».

Ya veo los poemas escogidos. En general me parece bien. Algún poema discrepante en «Ambito» no es cosa mayor.

Ahora que has leído «Espadas como labios» te explicarás cómo yo decía que ese libro era de poesía o no era nada.

Puedes quedarte por ahora con esos poemas. Si los necesitase ya te los pediría. Tengo otra copia, que está en poder de la Ciap desde hace un año. No sé si me la habrán perdido.

Debes animarte a dejar ultimado tu libro sobre la poesía, del que te falta tan poco. Es necesario, aunque no sea más que para que no se quede así el de Valbuena Prat. Después de lo que me dijiste la publicación está asegurada de todos modos.

Adiós Gerardo. ¿Qué más? Que no te den demasiada lata esos exámenes de este terrible mes. El otro día vi a Federico, ajeno a tus datos. Ayer estuvo aquí Cemuda, más ajeno. Me preguntó: ¿Qué dirá Gerardo sobre la fecha de mi nacimiento? Yo, según tu recomendación, callé. El nada sospecha de esa bomba.

Y adiós otra vez. Gracias por tu clara carta. A ti habría que llamarte el «Incorruptible». En eso habría que llamarte como a Robespierre, sólo en eso. Para tu antología, por ejemplo, has tenido que realizar multitud de ejecuciones de poetas, y no has vacilado. Te llamaremos «fiera».

Y adiós. Un abrazo cariñoso de Vicente.

2. La segunda carta inédita de Aleixandre que presentamos está dirigida a Dámaso Alonso, otro gran protagonista de la poesía española, con quien nuestro poeta mantiene una larga e ininterrumpida amistad. Será el propio Aleixandre quien recuerde, no sin emoción, el lejano episodio de su encuentro juvenil en el verano de 1917 en Las Navas del Marqués, en la provincia de Avila: encuentro que supondrá un cambio decisivo en su formación literaria. Escribe Aleixandre:

Por ahí andaba la vida cuando, en aquel verano en que por azar nos conocimos en un pueblo de la Sierra de Avila. Dámaso Alonso, otro muchacho como yo, puso en mis manos el primer libro de versos. ¡Con cuánto gusto lo proclamo hoy día! El poeta que Dámaso me entregaba era Rubén Darío, y aquella verdaderamente virginal lectura fue una revolución en mi espíritu. Descubrí a la poesía: me fue revelada, y en mí se instauró la gran pasión de mi vida que nunca más habría de ser desarraigada¹².

La relación personal entre los escritores continúa de forma intensa durante toda la vida, favorecida por la residencia de los dos escritores en la capital (y en general en España donde permanecerán incluso durante los años oscuros del franquismo): lo que les permitió un trato frecuente que hacía innecesario un intercambio epistolar, el cual, en cambio, se producirá sólo en determinadas circunstancias, como por ejemplo en los veranos que habitualmente nuestro autor pasaba en Miraflores de la Sierra (Madrid), desde donde de hecho envía la carta que nos ocupa. Debemos señalar que la documentación que presentamos comprende sólo la correspondencia de Aleixandre, ya que éste, como se sabe, no conservó la extraordinaria serie de cartas que recibió en el transcurso de su exis-

¹² V. ALEIXANDRE, *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1968, pp. 1439-1440.

tencia; lo que ha significado una pérdida irreparable para el conocimiento de la historia de la literatura española.

Dicha carta, enviada el 27 de agosto, no lleva indicación precisa del año, aunque se desprende de la lectura del texto inicial, en el que el poeta confiesa a su amigo que ha vuelto «a escribir poesía después de seis meses de silencio». La rica y exhaustiva biografía del poeta Leopoldo de Luis, gran amigo y confidente del autor, nos informa que en aquella época Aleixandre «nos escribe un solo verso en seis meses: desde el 23 de febrero de 1944 [...] hasta el 25 de agosto»¹³. Dato que confirma otra indicación cronológica presente en la carta, en el momento en que Aleixandre, dirigiéndose a su coetáneo Dámaso (ambos nacen 1898 en el mismo año que Lorca), le recuerda que ya han superado los 40 años, encontrándose «en la mitad del camino, si no de la vida, sí de esa meseta de [que] va de los 30 a los 50».

Aleixandre declara haber vuelto a escribir poesía, y envía a su amigo «el primer poema, escrito anteanoche». Se trata del poema «Los dormidos», incluido en la tercera sección de *Sombra del paraíso*, libro que canta la belleza primigenia en un deseo de trascendencia y superación de los límites humanos. He aquí algunos versos de la composición, que podemos considerar un himno, un canto a la alegría y a la contemplación paradisíaca.

¿No sentís en la noche un clamor? ¡Ah dormidos,
sordos sois a los cánticos! Dulces copos se alzan:
¡Oh estrellas mías, vino celeste, dadme toda
vuestra locura, dadme vuestros bordes lucientes!
Mis labios saben siempre sorberos, mi garganta
se enciende de paciencia, mis ojos brillan dulces.
Toda la noche en mi destellando, ilumina
vuestro sueño, oh dormidos, oh muertos, oh acabados.

En éste, como en los restantes poemas ligados a la experiencia temporal de *Sombra del Paraíso* (1939-1943), Aleixandre celebra, en el recuerdo de su infancia malagueña, un mundo de extraordinaria transparencia y belleza, confinado en la vastedad de los espacios celestes; por el contrario, en la carta contemporánea a la génesis de los versos citados, nos revela un momento de vago pesimismo y de intensa melancolía espiritual, debida en parte a la pérdida reciente de su padre, acaecida el 9 de marzo de 1940; melancolía y pesimismo que el poeta transfigura en el acto regenerador de la palabra creadora: misterio de la creación, misterio de la poesía.

He aquí el texto de la segunda carta, que igualmente transcribimos:

Miraflores, 2 agosto [1940]

Dámaso: el teléfono de Velintonia ha quedado instalado el sábado pasado. Espero que la mano de tu amigo Loriania haya sido fundamental. Después de re-

¹³ L. DE LUIS, *Vida y obra de Vicente Aleixandre*, Madrid, Espasa Calpe, 1978, p. 144.

currir a tí, todavía recurrimos a dos amigos más, que se decían con vara alta. Se lo he de agradecer nominalmente al menos a ellos también, aunque supongo que si Loriana recibió tu carta, él será el principal fautor del milagro, que tal resulta, y que al fin me da tranquilidad para el próximo invierno. —A ver si él te escribe diciéndote algo, aunque a lo mejor piense que ¡qué mejor contestación que habernos puesto al teléfono!

Supongo en tu poder mi carta anterior. Desde entonces pocas novedades. La principal, que ha vuelto a escribir poesía después de seis meses de silencio. Ahí te mando el primer poema, escrito anteanoche.

Me doy algún ligero paseo por estos caminos. Leo bastante. La Historia de la Literatura de Valbuena, que me gusta poco. Me acuerdo de tí, que eres quien debería escribirla. Eso o la Historia de la Poesía Española. Hablando con Benito Rodríguez estos días, me decía que su tío, hombre de América, editor rico (según él) de allá, que va a venir a instalar casas en Madrid y Barcelona, te propondría, en las condiciones que tú fijases, escribir para su editorial la Historia de la Literatura Española, en manual o como premisas. Tú sabes que yo estoy deseando que escribas una cosa así.

Tenemos más de 40 años. ¡Ay! Y el tiempo vuela. Estamos en la mitad del camino, sino de la vida, sí de esa meseta de [que] va de los 30 a los 50. Hay que aprovecharla. Ya sé que no vale la pena, etc., etc. Pero sí, en mí rige todavía la oscura ansia de inmortalidad —que no quiere decir gloria— que me lleva a una cierta angustia ante el paso de los días. No tengo hijos. Dejo esparcidos algunos poemas en algún libro. Cuando me acomete alguna duda sobre las posibilidades, *chances*, de supervivencia, me tranquilizo rápidamente evocando las catástrofes de las culturas desaparecidas. Dentro de 5000 años todos calvos. Egipto es para mí el mejor cordial.

Y todavía, todavía... Me interesa a veces hasta la suerte que corre un ejemplar de un libro mío. José Luis Cano me escribe hoy y me dice que ha visto y comprado un ejemplar de «La destrucción o el mar» en la Feria del Botánico; ejemplar con una flamante dedicatoria mía a una lectora, de cuya casa, desvalijada, fue robado. Conozco aunque muy poco a la que fue dueña, recuerdo cuando me la trajo a firmar, y hasta sé qué fue de ella. Está lejos y sola.

A veces pienso en este irracional amor a todo lo que uno fue y es. No es que yo ame toda la poesía que escribí, es que me siento a pesar del tiempo solidario de ella, como si fuera hija de mi carne. Esta forma de paternidad, que no es más que el reflejo del amor a uno mismo, es puro instinto, ciego y soberbio, y a veces me parece de raíz animal y me merece desprecio; pero lo mismo que no puedo arrancar de mí el corazón —una víscera—, tampoco puedo dejar de sentir, por ejemplo en los primeros, en los más pálidos poemas de «Ambito», todavía como un reflejo débil de una sangre que estuvo encerrada en mis venas, y cuyo pulso aún siento, como el extremo de un miembro mío, remotísimo, del que de pronto recobrará conciencia.

Pero, en fin, ¿a qué insistir? Demasiado sabes esto, demasiado me conoces. De esto a pensar en las Escuelas de Artesanía poética no hay más que un paso, ¿qué enseñará esa artesanía? En último término pienso que será una buena escuela de periodistas.

Te escribo echado en mi silla larga, en el pequeño jardín, sosteniendo en el aire el papel contra un libro. Así va la letra. Entiéndeme, tú que siempre sabes entenderme.

Adiós, Dámaso. Nada sé de ti. De los dos, sólo yo conozco la tendencia irrefrenable en las cartas. Tú, hace años pasaste a la sobriedad que todo lo supone. Puesto a suponer, supongo que Eulalia está ya bien, tú en Madrid y tu huerto lleno de frutos. Aquí tenemos unas ciruelas magníficas, que te darían envidia.

Adiós. ¿Escribirás? Por lo menos, una postal.

VICENTE

Mis señas: Miraflores de la Sierra (Madrid)
Basta así, si no recuerdas más.